

Bahiyyih Nakhjavani

La mujer que leía demasiado

Traducido del inglés por Pepa Linares

Alianza Editorial

Título original: *The Woman Who Read Too Much*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Babiyiyih Nakhjavani, 2007

© de la traducción: Pepa Linares, 2010

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5148-4

Depósito legal: M. 30.317-2010

Composición: Grupo Anaya

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	El libro de la madre
119	El libro de la esposa
251	El libro de la hermana
385	El libro de la hija
507	Epílogo
513	Cronología de los cadáveres
517	Glosario
519	Bibliografía

Hay en el cementerio de la ciudad de Qazvin una lápida cuya talla representa la terrible escena del asesinato de un ulema orante a quien un enmascarado apuñala por la espalda. Detrás de él, medio oculta por una cortina, una mujer lo observa todo. Lleva en la mano una hoja de papel, la prueba acusatoria de que sabe leer¹.

Esta obra está dedicada a la memoria de una mujer persa del siglo XIX que a pesar de aparecer en una lápida nunca mereció el honor de un epitafio. Es un tributo a Tahirih Qurratu'l-Ayn, cuya vida adelantada a su tiempo y cuyos años finales, transcurridos en una cárcel de Teherán desde 1847 hasta 1852, inspiran la narración. Pero es también un *memento mori* de varios hombres notables de la historia de Kayar: un monarca, un alguacil, un gran visir y el propio ulema asesinado, que yace aún bajo esa lápida. Recupera en sentido inverso una historia enterrada que abarca desde el asesinato del sha Nasiru'd-Din en 1896 hasta el primer atentado contra su vida en 1852. El lector interesado en separar la ficción de los hechos en el libro y en la lápida encontrará un marco histórico en el epílogo.

¹ Tomado de *Veils & Words: Emerging Voices of Iranian Women Writer*, Syracuse University Press, 1992, por gentil concesión de Farzaneh Milani.

EL LIBRO DE LA MADRE

I

Herido de bala, el sha dio algunos pasos vacilantes por el templo antes de desplomarse en el regazo de una mendiga vieja. Iba en dirección a la tumba de su esposa y la mendiga se hallaba junto a la puerta, cerca del nicho que sirvió de escondite al asesino. Aunque la vieja nunca debió alejarse del rincón que le estaba destinado afuera, en el cementerio de la mezquita, no se juzgó conveniente dar importancia al hecho. Identificaron al asesino y le detuvieron, la ocasión y la localización quedaron fielmente registradas para la posteridad, pero, como cabía esperar, los libros de historia no mencionaron a la mujer. Se corrió un velo sobre los detalles más sórdidos de la muerte de Su Majestad. Más valía recordar aquel atentado fallido contra la vida del rey medio siglo antes que mostrar las verdaderas circunstancias de su asesinato.

La vieja, un personaje habitual entre las lavadoras de cadáveres, presumía de haberse codeado en su época con la

realeza, circunstancia que los demás no creían, porque es sabido que las mujeres pecan más de imaginativas que de exactas, y aquélla en concreto tenía fama de mentirosa. Aun así, puede que hubiera algo de verdad en sus embustes, porque más tarde los miembros de la escolta admitieron que el rey, justo antes de desplomarse sobre ella, la miró como si la reconociera. Si se debió a una palabra o a un gesto de la vieja, nadie lo sabe, pues ambas cosas fueron intrascendentes. No hizo más que alargar la palma de la mano para pedir limosna al rey, y desde el momento en que era imposible imaginar la menor relación entre el monarca y semejante criatura, su detención, dadas las circunstancias de la muerte real, habría provocado un escándalo. Se limitaron, pues, a patearle las costillas y dejarla marchar.

La vieja, como es natural, protestó su inocencia y juró sobre sus costras que no tenía la menor intención de importunar a Su Majestad en la hora de la muerte. Sólo pedía limosna por el amor de Dios, dijo.